

LAS ANTIGÜEDADES SAGUNTINAS COMO MOTIVO DE REFLEXION HUMANISTA: EL OBISPO GOMEZ MIEDES

José Martín y Evangelina Rodríguez
UNIVERSITAT DE VALÈNCIA

Pocos hechos históricos han jugado un papel tan interesante en la historia de la historiografía española como el sitio y destrucción de Sagunto y todas las construcciones míticas levantadas desde la Antigüedad sobre el mismo. La pequeña ciudad íbera al entrar en la historia antigua de la península con un hecho tan relevante de por sí como fue la romanización, y teñido desde el principio por circunstancias peculiares (Segunda Guerra Púnica, figura de Aníbal, holocausto colectivo. . .) adquirió un poder evocador de enorme duración dentro del pensamiento histórico e incluso dentro de otros campos como el de la literatura o la filosofía. Sagunto se convierte en un verdadero *topos* sobre el que se fueron depositando sucesivas capas de lecturas subjetivas y siempre interesadas que llegaron a constituir un mito tan cierto como la historia real. Precisamente casi dos siglos de positivismo se han empeñado en deslindar ambas narraciones, buscando la verdad de los hechos ocurridos para desdeñar las sucesivas interpretaciones o añadidos. Pero hoy, una vez finalizada esa tarea hasta el límite que las fuentes lo permiten, a nadie se le oculta que la trasmisión del conocimiento histórico se verifica mediante unas fuentes escritas cuya dinámica de elaboración es tan importante como los hechos positivos mismos. (1)

La elaboración del mito de la gesta saguntina tiene, esencialmente, dos fases. La primera y más conocida sería la llevada a cabo por los historiadores griegos y romanos; y la segunda, aún por estudiar, la que tiene lugar en la edad moderna, especialmente durante los siglos XVI y XVII. Tras el periodo de cierto letargo cultural en el que el Occidente casi pierde las señas de identidad de su pasado histórico, surge en el siglo XV una voluntad decidida y entusiasta por *renacer* con el estudio y recuperación de la herencia cultural de los antiguos.

Cuando llega a la península esta afán de exhumar el vínculo con la Antigüedad clásica (después de diez siglos de culturas consideradas bárbaras), los eruditos y hombres de letras se orientan hacia el estudio de la antigüedad de su nación impelidos, además de por la veneración hacia aquella *Edad de Oro* de la civilización, por un nuevo sentimiento patriótico que pretendía encontrar en las etapas de su pasado los precedentes del periodo de plenitud política y cultural que vivía la España del siglo XVI(2). No podía pasar desapercibida por tanto aquella gesta de los

- 1 Sobre la importancia de la trasmisión de las fuentes históricas y su manipulación en orden a crear un *tejido narrativo* paralelo vid. LOZANO, Jorge, *El discurso histórico*, Madrid, Alianza, 1987.
- 2 MARAVALL, J.A., *Antiguos y modernos*, Madrid, Sociedad de Estudios y Publicaciones, 1966.

albores de la Hispania romana que recogían todas las fuentes clásicas y que entonces comienzan a traducirse y editarse. En Sagunto confluía, además de los testimonios de autoridad de Tito Livio, Apiano, Polibio o Silio Itálico, el enorme poder evocador de unos testigos monumentales que daban fe de aquellos testimonios escritos. (3)

La historia de Sagunto se convierte así en un vínculo imprescindible de los humanistas españoles con el pasado clásico, y, por ello, cuando en el siglo XVI se intenta modelar una Historia de España, conforme a las nuevas exigencias de la ciencia historiográfica y la coyuntura cultura que superase la *Primera Crónica General*, aquella muestra desmedida de fidelidad de los hispanos a Roma, no sólo no falta en las historias que a partir de este momento se escriben, sino que es un capítulo fundamental de las mismas. Dejamos para otra ocasión el papel que juega este capítulo en las construcciones históricas de Ocampo, Beuter, Medina, Garibay o Mariana para presentar un texto de menor importancia del que fuera arcediano de Sagunto (4), Bernardino Gómez Miedes, incluido en la segunda edición de su obra *Commentariorum de Sale* (5). No se trata de un texto propiamente histórico, a pesar de que fuera esta ocupación de historiador, junto a la de autor de un curioso libro de medicina, la que le ha salvado del olvido. En realidad, es una disgresión filosófico-moral sobre el tema histórico del que eran memoria los monumentos de la villa de Murviedro (6) que el clérigo visitó hacia 1574. Las "antigüedades de Sagunto" eran ya famosas en la segunda mitad del siglo XVI y empezaban a convertirse -si aceptamos el concepto de Lotman- en "signos de existencia" de aquella colectividad.

- 3 Claro que esta identificación mutua no fue tarea fácil en la historiografía peninsular. El hecho de la destrucción de Sagunto no se olvidó en las Crónicas medievales aunque no se acertase en identificar aquella desaparecida ciudad con alguna de las modernas. Varias fueron las hipótesis. Una de las más extendidas fue la recogida por la *Crónica de Alfonso X el Sabio* que la identifica con Sigüenza (Caps. 19 y 20). La total identificación de la *Saguntum* romana con la *Monvedre* o *Monviedro* moderna la llevan a cabo los humanistas del siglo XVI. Vid. nuestra introducción a la edición crítica de *La Saguntina* de Lorenzo de Zamora (Sagunto, CASS, 1988).
- 4 La dignidad mitrada y numerada de arcediano de Murviedro fue instituida por Jaime I en 1277 para aumentar las rentas del Cabildo de la Catedral de Valencia que él mismo había otorgado. El arcediano, elegido por el Cabildo, debía ocuparse de las funciones de cura párroco de la villa, pero dadas las frecuentes ausencias de sus titulares, el obispo creó en 1299 el cargo de vicario perpetuo que debía ser costeado por el arcediano de sus rentas. Ambos cargos fueron suprimidos por el concordato de 1851. Vid. CHABRET, Antonio, *Sagunto, Su historia y sus monumentos*, Barcelona, Sucesores de N. Ramírez, 1888, t. I. pág. 223 y t. II pág. 247, aunque las fechas de institución de ambos cargos son erróneas, cf. OLMOS I CANALDA, E., *Pergaminos de la Catedral de Valencia*, Valencia, 1961, perg. 2443, pág. 34 y perg. 2464, pág. 109, n. 886; debemos ésta corrección a J. MARTINEZ RONDAN, op. cit. en n. 9.
- 5 *Bernardini Comesii Miedes, Archidiaconi Saguntini, Canonique Valentini Commentariorum de Sale Libri quinque, Ad Philippum II, Hispaniarum atque Indiarum Regem Catholicum. Editio secunda, nunc deuo ab auctore recognita atque in locis sexaginta, totidem insertis Appendicibus, aucta et locupletata. Ad Didacum Austrium Hispaniarum Principem Augustiis Philippi F. Valentiae ex officini Petri Huete, 1579, cum privilegio in decennium*. Se trata de la segunda edición de la obra, ampliada en numerosos lugares con excursos que van señalados con un trazo en el margen izquierdo y sendos asteriscos (tal sucede con el fragmento que luego comentaremos). La primera edición (*Commentarium de Sale Libri Quattuor*) sale a la luz en Valencia, Pedro de Huete, 1572 y, de nuevo, en 1576. La edición ampliada vuelve a editarse en Valencia, J. Bernero, 1605. Para una descripción del contenido del libro y de su curiosidad científica, véase LOPEZ DE TORO, J., "El libro de Bernardino Gómez Miedes acerca de la sal" *Actualidad médica*, 27, 1941, pp. 15-17. Agradecemos al Dr. Josep Lluís Barona por las informaciones bibliográficas facilitadas a partir de los datos existentes en el Dpt. de Hª de la Ciencia de la Universitat de València.
- 6 No será la única vez que Gómez Miedes haga referencia a éstos. De hecho en su *Historia del [...]*

Bernardino Gómez Miedes (Alcañiz, 1520-Albarracín, 1589) es una figura típica de clérigo poshumanista que adquiere su formación en Italia (concretamente en Roma), ciudad en la que entra en contacto con importantes humanistas seguidores de Erasmo como Andrés Laguna (7), y que completa posteriormente con un viaje por distintos países europeos en el que recorrió (además de Italia) Alemania, Países Bajos y Francia. En 1553 ya se encontraba en Valencia, pues en esa fecha el Cabildo de la Catedral le otorga el beneficio de Arcediano de Murviedro, recibiendo el nombramiento de canónigo dos años después. El mismo Cabildo le nombra Síndico suyo en Roma el año 1574 (8), viaje que, como se desprende del texto que editamos, le da la oportunidad de visitar la villa de la que recibía sus rentas como Arcediano. En 1585 fue nombrado Obispo de Albarracín, dignidad que ostentó hasta su muerte acaecida en 1589, siendo enterrado en la Capilla Mayor de su Catedral (9). Recoge Antonio Chabret, de los desaparecidos *Manuales de Consells* de la villa, que Miedes instituyó a su muerte una *almoína* o fundación pía para socorro de los pobres de Murviedro. (10)

Gómez Miedes publicó, además de las dos ediciones de los *Commentariorum de Sale*, otras seis obras escritas en un latín de gran soltura, lengua que cultiva y domi-

Rey don Jayme (1ª ed. en latín 1582) narra como el Conquistador, al llegar a Murviedro "entrando en la villa se admiró extrañamente de ver aunque algo de lexos, la antigüedad y magestad del Coliseo, o Theatro que hecho a semejança de los de Roma, se veía muy patente en el recuesto del monte donde está el Castillo, Y así se detuvo dos días más por contemplar éste y los demás vestigios y reliquias de aquella gran ciudad de Sagunto que allí fue fundada, y tenida en España por segunda Roma". Tras narrar la historia de Sagunto en boca de unos acompañantes del Rey, uno de ellos dice: "De cierto que partido Aníbal, quedó la ciudad por espacio de años yerma y desierta del todo, y sus edificios y casas totalmente arruinadas, saluo algunos sepulcros marmóreos (como diremos) y algunos Hyppodromos para correr los cauallos: aunque destruydos: solo el Theatro, o Coliseo fue el que quedó muy entero, donde solían representar las Comedias Latinas que de Roma les embiauan, y que seruia para espectáculo de los que condenauan a las bestias fieras, según por las cavernas donde las encerrauan y estructura de callejones, por donde las hacían salir a la área del theatro, hoy día se demuestra: y así le hizieron tan mag[n]ífico, tan sólido y permanente, por perpetuar la memoria del gran ser y poderío de su ciudad, que con hauer pasado 1500 años de su fundación hasta que el Rey le vió, quedaua muy entero: además de estar también compartido, que podían caber en él sentados en sus gradas hasta XII mil personas muy a plazer, para poder ver y entender cada uno de la boz y gesticulación de cualquier representante. Así mismo permanecieron mucha parte de los muros de la ciudad, aunque tan cubiertos de yedra y verdura que apenas se parecían". Lib. XIV, cap. 8.

- 7 Este dato lo encontramos en GALLARDO, Bartolomé J., *Ensayo de una Biblioteca Española de Libros Raros y Curiosos*, Madrid, Rivadeneyra, 1888, t. III, col. 79, y tiene interés pues sitúa aproximadamente el periodo de diez años que estuvo Miedes en Roma, ya que Laguna llega a esa ciudad como médico del Papa Julio II en 1550, y muere ya en España en 1559. Dado que en 1553 se encontraba ya en Valencia, su estancia en Roma debió transcurrir entre 1540/43-1550/53.
- 8 El nombramiento de Síndico se recoge en el documento conservado en el archivo de la Catedral de Valencia con la signatura H III 111 v. Existe también otro documento de 1562 relacionado con Gómez Miedes que lleva por título *Nombramiento de comisionados para la Corte sobre censuras y entredichos del Canónigo Gomez Miedes* (signatura 55:18). También tiene relación con Miedes el documento de 1586 de signatura PH XIII 86 v.
- 9 Este hecho, constatable en la actualidad, es recogido en el *Synoda Diocesana* celebrado en Albarracín en 1604, cuyas referencias a Gómez Miedes y el epitafio de la lápida sepulcral cita MARTINEZ RONDAN, J., "L'Església de Santa Maria de Sagunt en l'obra del Cronista Antoni Chabret", *Semana Santa Saguntina*, 24, 1984, n.12. Datos que encontramos también en el *Episcopologio* de Albarracín, ms. de Manuel Agustín, 1900 (Archivo Histórico Diocesano de Teruel).
- 10 Op. Cit. t.I, pp. 391-2.

na casi mejor que la natal (11). Junto a este significativo hecho manifiesta en su producción escrita una interesante inquietud en los más variados campos (jurídico, religioso, histórico, médico y físico) que evidencia claramente su vinculación con el movimiento humanista tardío que se desarrolla durante el reinado de Felipe II, un humanismo menos abierto y desinteresado por el saber y mucho más preocupado por la ortodoxia y el didactismo. Esta es la clave esencial para comprender el último sentido del texto que editamos, traducido de su versión latina (12), y producto innegable de la excepcional erudición de un clérigo, cuya formación debe entenderse en el marco de la renovación cisneriana de la educación de los eclesiásticos que supuso, en buena medida, un vuelco hacia las humanidades, a los clásicos, a la filosofía natural y hasta a la física médica, en el sentido de valorar positivamente la experiencia y el conocimiento de diversos lugares. Sus viajes, realizados en el momento crucial en el que Felipe II, por decreto, iba a prohibir a los estudiosos salir a formarse en las universidades europeas, le proporcionan quizá el convencimiento cervantino de que "las luengas peregrinaciones hacen a los hombres discretos". Miedes, frente a las ruinas de Sagunto, sin evitar la inmediata fascinación estética, trasciende a la reacción emotiva de evocar un ideal patrio, el peso de la ejemplaridad de los antiguos, ya que, en definitiva, es un intelectual en la estela del emergente individualismo de las nacionalidades. Pero ello no impide que en la "elegancia ática" de su discurso (como califica Gallardo su estilo latino) se dirija posteriormente hacia una serie de interrogantes que tiñen este fragmento de una cierta postura heterodoxa o de disconformidad respecto a la valoración positiva que hasta ese momento ha tenido el mito saguntino. Que un clérigo al que podemos presumir, dado su rango en la iglesia valentina, de templadamente integrista, se oponga al desorden moral de un suicidio colectivo parece lógico. Pero otros eclesiásticos lo ensalzaron sin cortapisas por la misma época. De modo que las causas de su reprobación del comportamiento de los antiguos habitantes de Murviedro pueden obedecer, según nuestro entender, a otras razones que presentamos como hipótesis plausibles para explicar este curioso texto. En primer lugar, como poshumanista profundamente didacta, Gómez Miedes debió estudiar la retórica, incluso la retórica polémica y sofística que lleva a los ejercicios llamados *controversiae* o *declamationes* (13), esto es

- 11 *Epistola [...] Ad [...] Gregorium XIII Pont. Max. Describens prodigiosum eventum cuiusdam Arculae sacra desenteris*. Valencia, Pedro Huete, 1574. *Epitome, sive compendium constitutionum Sanctae Metropolitanae Ecclesiae Valentinae ab anno Circiter MCC, usque ad MDLXXX*. Valencia, Pedro Patricio Mey, 1582. *De vita & rebus gestis Jacobi I Regis Aragonum, cognomento expugnatoris Libri XX*, Valencia, Vda. de Pedro de Huete, 1582. *Historia del muy alto e invencible rey Don Jayme de Aragón, primero deste nombre llamado el conquistador*. Valencia, Vda. de Huete, 1584 (traducción de la anterior). *De constancia sive de vero statu hominis, libri sex ad Sixtum V Pontificem Maximun*. Valencia, Vda. de Pedro de Huete, 1585. *Enchiridion o Manual Instrumento de salud, contra el morbo articular, que llaman gota, y las demás enfermedades que por catarro y destilación de la cabeça se engendran en la persona: y para reduzir y conseruar en su perfecto estado de sanidad el temperamento humano*, Zaragoza, L. y D. Robles, 1589 y Madrid, Antonio Marín, 1731 y de nuevo en Madrid, Repullés, 1817. Sobre éste último, vid. CABALLE LANCRY, C. y ZARAGOZA RUBIRA, J. R., "Bernardino Gómez Miedes iniciador de las técnicas del automasaje", *Medicina Española*, t. 61, Valencia, 1969, pp. 175-178.
- 12 Señalamos en negrita el número de la página que ocupa en la edición de 1579, es donde se encuentra esta edición, así como las mayúsculas que señalan los distintos párrafos según la tipografía de la época. El texto se encuentra, como puede observarse, justo al comienzo del Libro III.
- 13 Cf. KENNEDY, George A., *Classical Rhetoric and Its Christian and Secular Tradition from Ancient to Modern Times*, The University of North Caroline Press, Chapel Hill, 1980, pág. 198.

en palabras del propio Quintiliano (*Inst. Orat.* 3,4,16): "quaestio latius intelligitur omnis de qua in utrumque partem vel in plures partes dici credibiliter potest", es decir, tomar postura frente a lo *iustum* o *iniustum* de una cuestión. Miedes, no sólo debió conocer esta disciplina de lenguaje de la *ratio studiorum* en sus estancia en la Universidad sino que difícilmente pudo dejar de tener referencia del impulso que a estos estudios diera en Valencia su propio paisano Lorenzo Palmireno (Alcañiz, 1524-Valencia, 1579), excelente retórico y pedagogo, que enseñaba en la Universidad valentina desde 1547.

El tejido externo del texto queda pues explicado: se trata de sacar a flote, al modo retórico, las contradicciones de un hecho hasta ahora salvaguardado de toda crítica. Pero la composición interna del fragmento se ideologiza con un acento también heterodoxo o, al menos, singular. Lo que en última instancia se convertirá en una defensa del término medio (la *aurea mediocritas* renacentista), esto es, la sensatez, la moderación, lo útil, se basa en una visión didáctica y casi profiláctica de la Naturaleza. Tal vez sus contactos en Roma con figuras filoerasmistas como Andrés Laguna llevaron al futuro obispo de Albaracín a una visión absolutamente naturalista de la moral, que, entroncada con el neoestoicismo renacentista y erasmiano, condenaba las dogmáticas exageraciones, incluídas aquellas que se apoyaban en un supuesto servicio a la patria. Ciertamente, cuando se ha aplicado esta lectura de *irenismo* erasmista al Cervantes autor de la *Numancia*, se han observado sus solapados ataques a la temeridad y vocación tanática, falta de juicio y de piedad de los numantinos. ¿Acaso no es la misma postura de Miedes frente al insólito cuanto absurdo sacrificio de los saguntinos? Esto, a su vez, va sutilmente hilado en el texto con el tema central de la obra que lo contiene: una preocupación terapéutica, basada en el pragmatismo y en la observación por el uso de la sal. Aquí se cierra el círculo de la hipótesis que habíamos enunciado. De la estructuración retórica y del contenido ideológico-moral reprobatorio de una gesta inútil, basado posiblemente en un rescoldo de pensamiento quasierasmista, se pasa, finalmente, a poder insertar el texto en un modelo de conocimiento. La visión del enjambre de abejas que sale de un antiguo sepulcro lleva al parangón de la diferente conducta de abejas y zánganos, de activos y torpes, de sensatos y de inmoderados, de solidarios y de individualistas, de pragmáticos y de irracionales. Todo ello con el ulterior *exemplum* del uso moderado de la sal. No se trata sólo de erudición sino de mostrar como toda la obra *De Sale* puede ser un ejemplo de las diferentes operaciones que sobre la interpretación de un texto o cualidad puede hacer el humanista a partir de la exégesis medieval de los textos bíblicos. La sal, en su sentido físico o literal, en su sentido tropológico o individual de propiedades médicas, en su sentido anagógico o escatológico de las propiedades místicas y, finalmente, en su sentido alegórico (14) que es el que parece competir al fragmento que estudiamos.

14 Cf. LAUSBERG, H., *Manual de Retórica Literaria*, Madrid, Gredos, 1968, vol II, pág. 288, núm. 900.

Se trata pues de aplicar, con una habilidad retórica no exenta de ironía (al fin y al cabo el Libro III de *De Sale* está dedicado a la sal *jocosa o jovial*), el sentido trascendente o alegórico de la sal como la sagacidad y la prudencia que faltaron a la asamblea saguntina en aquellos decisivos momentos del cerco de Aníbal. No cabe entrar en mayor especulaciones, pues nos corresponde únicamente atender a lo que filológicamente nos permite un texto que, desde un planteamiento histórico-artístico deriva a lo filosófico y a una moral barroca de claro conservadurismo. Miedes se sitúa en la frontera entre la ortodoxia y la atrevida modernidad (pues los antiguos deben medirse con los modernos en sus aciertos y en sus errores, y en esa dialéctica estriba posiblemente, el progreso). Para nosotros resulta doblemente interesante que Sagunto y su antigua historia sigan siendo un *topos* en medio de esa dialéctica.

Comentarios sobre la sal, de BERNARDINO GOMEZ MIEDES Arcediano de Sagunto, y Canónigo de Valencia

Libro tercero

[Pág. 288] Cuando no ha mucho tiempo, amigo Quintana (15), vine a Roma desde la nobilísima ciudad hispana de Valencia, para llevar a buen término ciertos asuntos de interés para la iglesia valentina, descansé durante tres días en la ciudad de Sagunto [B], situada a unas diez millas de aquella, en otro tiempo, ciertamente, de considerable extensión y poderío, aunque ahora se vea reducida a una ciudadela que, debido a la antigüedad de sus muros, recibe el nombre de Murviedro (16). Allí, una vez concluidas felizmente mis sacras obligaciones, como corresponde a la dignidad de mi sacerdocio, me apresuré, no sin poca curiosidad, a admirar las ínclitas reliquias de la ciudad, conservadas durante casi dos mil años, para contemplarlas con mis propios ojos. En ellas encontré tantos recuerdos de la ciudad de Roma, no sólo signados por el aviso de la fugacidad del tiempo sino también sin duda impresos en la eterna memoria de los hombres, que todo ello supuso para mí una visión más imponente y [C] ejemplar que cualesquiera otras ruinas con las que Hispania emuló a la ciudad de Roma. Bien admiremos las moles de los teatros (17) o la

- 15 La obra *De Sale* está compuesta, al modo tardorenacentista, como un coloquio entre dos interlocutores, Quintana y Metrófilo, el amante de la moderación, que representa al propio Miedes. Cf. GALLARDO, B.J., III, col 76.
- 16 En el original *Muri Veteris*, que es la forma latina con la que se conocía la antigua ciudad de *Saguntum* a partir del siglo X o principios del XI, y que el propio Gómez Miedes en su *Historia del [...] Rey Don Jayme* traduce por la forma castellana de *Murviedro*.
- 37 El teatro romano es la "antigüedad" saguntina que más ha captado la atención de todas las épocas. Su presencia en las fuentes se remonta a la historiografía árabe, si bien es en el siglo XVI cuando empieza a ser admirado como símbolo de la Antigüedad, aunque no tendrá estudios monográficos hasta el siglo XVIII. Reseñamos los trabajos más recientes que se han ocupado de este monumento: BELTRÁN LLORIS, M., "El teatro romano de Sagunto" en *Actas del Simposio "El teatro en la Hispania romana"*, Badajoz, Instituto Cultural Pedro de Valencia, 1982, pp. 153-181; ARANEGUI, C. y HERNANDEZ, E. "L'estudi arqueològic", en GRASSI, G. y PORTACELL, M. *Restauració i rehabilitació del teatre romà de Sagunt*; Valencia, Conselleria de Cultura, 1986. El estudio más completo es el

grandeza de los hipódromos (18), bien contemples la envergadura de los sepulcros y mausoleos, o, por fin, estudies las estatuas y antiguas monedas que, con frecuencia, se han encontrado en los campos que circundan la ciudad, todo ello demuestra cuán grande fue tanto su considerable amplitud [pág. 289] como la [A] riqueza y poderío de la urbe. Pero aquí, sin duda, son más gloriosos que en cualquier otro lugar; porque los demás hispanos, ciertamente, o fueron vencidos o forzados por los romanos y éstos les consagraban monumentos, pero los saguntinos jamás fueron vencidos, sitiados o mucho menos sometidos, sino que, movidos únicamente por la fama y amistad de los romanos fueron sus clarísimos y brillantes émulos. Esto no debe tomarse como injuria, ya que la excelente virtud de la justicia que en todo lugar suscita el fervor y la admiración y que es firmísimo fundamento de perpetua estimación y fama, florecía entonces en Roma con el mayor desvelo y era tanta, dentro y fuera, así en la paz como en la guerra, que cuando decidían [B] someter por las armas algún pueblo, antes que nada procuraban atraerlo con algún ejemplo de insigne justicia o de otra loable virtud. Por esta causa los ciudadanos saguntinos fueron un ejemplo para la República romana, al tiempo que se parangonó su lealtad en relación con las bárbaras costumbre y con la crueldad de los cartagineses. Y así, cuando decidieron romper su alianza con ellos y unirse perpétuamente a los romanos, se mostraron tan constantes y sujetos a su fidelidad que, para no renunciar a ésta, no sólo soportaron ser largamente sitiados y asaltados por el poderoso y despiadado ejército púnico al mando de Aníbal, sino que [C] desesperando de ayuda alguna, se arrojaron ellos junto con sus pertenencias, siervos y esposas a la muerte de la espada o a la hoguera, con tal de no acabar a manos del enemigo. Me sentí tan afectado por el recuerdo de tan horrible y admirable sacrificio que, en verdad, apenas podía contener las lágrimas. Y desde luego no me movía a ello ni su patria, ni la pérdida de su vida, ni todas las riquezas que, abrasadas, se perdieron. Al fin y al cabo se dieron a la muerte o, no mucho después, al saqueo y [pág. 290] y devastación del enemigo. Lo que verdaderamente lamentaba [A] era que en tan sólo un día hubiera de agostarse no sólo su inmortal grandeza sino la concordia y armonía de todos los ciudadanos para defender a la República y para evitar que

publicado más recientemente por HERNANDEZ, E., *El teatro romano de Sagunto*, Valencia, Conselleria de Cultura, 1988. La datación del monumento varía, según los especialistas, entre los últimos decenios del siglo I a. de C. y el primero d. de C.

- 18 Pudiera ser ésta la primera mención al importante monumento datado en el siglo II después de C., único en su género en el actual País Valenciano, que hoy ya no se conserva, si exceptuamos la puerta meridional situada entre las actuales calles de los Huertos y del Remei. Su historiografía es más escasa que la del teatro debido a que su situación en la orilla del río produjo una más pronta erosión y enrumamiento, a la vez que menos conocida. La primera referencia detallada la debemos a MIÑANA, J.M., *De circi antiquitate et ejus estructura dialogus* (1737); posteriormente, PALOS Y NAVARRO, E., *Disertación sobre el teatro y circo* (1807); y luego LABORDE, A. publicó en su *Voyage pittoresque et historique de l'Espagne* (1811) otra descripción y el primer plano (láms. CII y CVI), por el que sabemos que se encontraba ya semienterrado entre campos de cultivo; VALCARCER PIO DE SÁBOYA también recoge referencias al edificio en sus "Inscripciones y antigüedades del Reino de Valencia", *Memorias de la R.A.H.* (1852). Pero tenemos que esperar a que en 1888 CHABRET publique su *Sagunto* para hallar las primeras noticias más exactas de su estructura que él excavó parcialmente para estudiar la *porta triumphalis*, las subtrucciones del muro norte, la *spina*, y algunos conductos de cantería. Nuevas excavaciones fueron realizadas en 1948 por Manuel Ballesteros-Gaibrois. No obs-

fuera sometida por el acechante enemigo. Imaginaba así, para mis adentros, un Senado concurridísimo, en el que quedara manifiesta la fuerza y majestad de la autoridad, y en donde se tomaran cruciales decisiones sobre el nombre y fama de la ciudad: gravísimos senadores, severos en sus juicios, fuertes caballeros, deseosos de [B] gloria y remisos a prolongar la vida por conservar su promesa de fidelidad; y también una juventud aguerrida, más inclinada a dejarse matar que aceptar la derrota. Y mujeres de inusitada honestidad, teniendo a mayor galardón ser asesinadas a manos de los hombres que rebajarse a sus libidinosos instintos; lo mismo que el resto del pueblo, absolutamente dispuesto a cumplir las órdenes del Senado, y a sufrir desgracias sin cuento sólo por fidelidad al negligente pueblo romano.

[C] ¿Por qué tan heroicas e ilustres virtudes no han de haber sobrevivido hasta nuestro tiempo? ¿Por qué no habrían de mantenerse hasta la posteridad, conservando perpétuamente la patria? ¿Por qué no pervivieron las fuerzas y voluntad de los ciudadanos, del mismo modo que permanecieron durante años la fábrica y edificios de tantos mausoleos, teatros e hipódromos, desde la caída de la ciudad hasta su nueva reconstrucción? ¿Por qué, además, no se conservó en tan feraz y fértil suelo aquel vigor innato, aquel deseo de gloria y de honra? ¿Cómo, en fin, llegó la República a su estado actual si ni su fatal incendio ni su voluntario holocausto habían logrado destruir aquellas virtudes? (19) [pág. 291] Por otra parte este mismo hecho, tan asombroso, [A] nunca visto ni oído antes o después, aunque sea digno de alabanza por su triste final, ¿no es, sin embargo, una decisión que, en buena medida, habríamos de reprobar? Porque ¿qué hubiera sido más conveniente para ellos, preferir la infidelidad y la traición a la muerte o quedar como indeleble ejemplo de aquella fidelidad para las futuras generaciones? ¿Acaso lograron inflamar los ánimos romanos para que éstos, vengándose en los púnicos y destruyendo Cartago, hubieran logrado, con acción tan truculenta, asegurar la continuidad de su linaje? Vuelvo de nuevo a esta cuestión, pues ciertamente los hechos que he relatado son bien elocuentes. [B] Semejante acción, que empuja a la rabia de la impotencia y que supera a toda crueldad ¿puede inspirar a alguien un sentimiento de conformidad? ¿no sería confundir la fortaleza con la audacia y la constancia con la pura temeridad? Pues si lo que temían era la crueldad del enemigo, éste no se hubiera mostrado tan despiadado como ellos lo fueron para sí mismos. ¿Qué fue, realmente, más sanguiinario? ¿Que fue más ajeno a la razón y a los sentimientos humanitarios? ¿Preferir una irreparable desgracia a una al menos honrosa? ¿Huir de manos enemigas para caer en las propias, infinitamente más rigurosas? ¿Y, por temor a verse acusados de un delito de traición [C] que en realidad no era tal, convertirse en parricidas y uxori-

tante, el trabajo más completo fue realizado por BRU Y VIDAL, S., "Datos para el estudio del circo romano de Sagunto", *APL*, X, 1963, pp. 207-226+VII láms. Para ello aprovechó distintas obras que tuvieron lugar en sus inmediaciones y pusieron a la luz parte de sus estructuras. Una síntesis más reciente ha sido publicada por OLCÍNA, M., "El circo romano" en Aranegui, C. (Coor.), *Guía de monumentos romanos y del castillo de Sagunto*, [Valencia], Consellería de Cultura, [1987], pp.15-18. El mismo Miedes lo menciona también en su *Historia del [...] Rey Don Jayme*. "Algunos Hyppodromos para correr cauallos aunque destruydos" (Lib. XIV, cap. 8).

- 19 El sentido mítico de la gesta saguntina y de las antigüedades que la emblematisan operan sobre Miedes de la forma habitual en el poshumanismo: se lamenta de que aquella dorada edad en la que

cidas? Reducidos a tal calamidad, a causa de tan largo sitio, sin ayuda de provisiones o de armas de la federación ¿que clase de traición cabía cometer hacia los mismo que habían quebrantado el pacto? Si esta fidelidad no significó ni el sagrado respeto ni les reportó beneficio alguno ¿por que no habían de rendirse? Posiblemente el enemigo al menos hubiera respetado a los niños, satisfecho con el saqueo de la ciudad que entonces no habría sido devastada ni reducida a cenizas, sino que [pág. 292] hubiera sobrevivido para, en un futuro, poder tomarse la revancha. O, dicho de otro modo, ¿por qué no concentraron sus fuerzas contra los enemigos? Pues en tal caso o hubieran vencido [A] o se hubieran sacrificado realmente por la patria. Y a la vista de hechos tan límpidos y terribles, ¿por qué, al menos, no intentaron salvar de la muerte a sus padres, esposas e hijos? Si ésto, sin duda, incluso lo hubiera permitido el enemigo ¿por qué no el ciudadano para su propio conciudadano? Ciertamente hubiera sido preferible sufrir tal iniquidad que cometerla.

Meditaba yo sobre estas cosas entre los venerables monumentos, y de este modo había casi llegado al final del recorrido, cuando, de repente, un enjambre de abejas se elevó desde un antiguo sepulcro, y, volando hasta un árbol cercano, se detuvo en una colmena que pendía de lo alto, de donde cayeron cuatro o cinco a tierra [B]; se precipitó hacia éllas un noble ciudadano que me acompañaba, erudito en el estudio no sólo de las abejas sino de los llamados zánganos que, como dijo Plinio (20), transportan el fruto de su fecundación y a los que, una vez que pierden el agujijón en cualquier combate, les es permitido si no morir al instante, si permanecer sin el agujijón de las otras abejas y sin la facultad de combatir o de melificar. Por eso se llaman zánganos, porque su comportamiento se asemeja al de los eunucos. De ahí que sean de mayor tamaño que las otras [C] abejas, pese a estar incapacitadas para la reproducción o, incluso, para defenderse y, como no hay nada que las abejas desprecian más, cuando se ven acuciadas por el hambre no dudan incluso en tomarlos como víctimas. Habiéndonos ilustrado sobre los zánganos en estos aspectos, creció en todos nosotros un vehemente deseo de saber exactamente por que carecían de agujijón y si en el interior de sus vísceras había algo que lo sustituía. Por eso el estudioso tomó en aquel momento el cuerpo de uno de los que había caído de la col-

habían tomado realidad sus más profundas aspiraciones no se correspondía con el tiempo en el que vive. De nuevo el ejemplo de los antiguos trabaja para el mejoramiento de los presentes.

- 20 Comienza aquí Miedes un largo excursus sobre la vida de las abejas, tomada desde la antigüedad como tópicos de perfecta vida en comunidad. En el caso de Plinio (*Historia Natural*, Lib. X, cap. IV) ésta menciona que "acaban sus obras con perfección, tienen ordenada república, consejos en secreto (...) Fuera de esto con no ser de la generación de los animales mansos, ni de la generación de las fieras..." Con ello Miedes conecta su posterior reivindicación del justo término medio. El mismo Plinio en Lib. X, cap. XI, hace referencia a los "zánganos que no tienen agujijón como imperfectas abejas, y víctima cría de las que ya están cansadas y sin valor, cria tardía y como esclavos de las verdaderas abejas (...) Pero quando comienza a perfeccionarse la miel luego las ahuyentan de sí: y acometiendo muchas abejas contra cada uno de ellos, las despedaغان y deshazen". Este es el momento que casualmente parece contemplar Miedes y sus acompañantes. El ejemplo de la abeja ya es evocado por HORAPOLLO, *Heroglyphica*, Parissi, Kerner, MDLI, pág. 87, así como por SAN AMBROSIO en su *Hexaameron Libri Sex*, Lib. V, cap. XII y por PIERIO VALERIANO, *Hieroglyphica sive de Sacris Aegyptionum litteris Commentarii*, Basileae, 1556, fols. 185v.-186r. Miedes pudo haber consultado asimismo las numerosas referencias de Claudio Eliano en su *Historia de los Animales*. Lib. I, 9-11 y 59-60.

mena, y con la ayuda de la uña, lo cortó por la mitad y, roto el delgado tegumento de su parte posterior, apareció el vientre, con la forma de una cabeza de buey (21), de color amarillento, [pág. 293] casi sólido, al ser de materia cartilaginosa, y de un tamaño [A] algo mayor que un grano de piedra blanquecina, y en la cabeza largos y retorcidos cuernos, y un grueso pico, todo ello formado con una delicadeza casi admirable. No obstante, nosotros pensamos que esto obedecía a un hecho fortuito, pero presionando de manera similar con la uña los cuerpos de las restantes, sucedió lo mismo. De modo que no era fruto de la casualidad, sino que sucedía por obra de la naturaleza y dudo que ni antes ni después nos sea dado a contemplar misterio semejante al que acabábamos de descubrir. Aprendimos en esta circunstancia la suma sabiduría de la sacra naturaleza, tan pródiga para los humanos, y comprendimos por qué se nos ha enseñado que las abejas son tan necesarias y útiles para el hombre, y por qué poseen una cabeza [B] de tal guisa, como una señal adonde poder acudir, cuando se han separado y con la que, como testimonian Hesíodo y Marón (22), poder fácilmente penetrar en el néctar de las flores. Acabada esta curiosa lección, emprendí el regreso, y, habiéndome despedido de los saguntinos que me acompañaban retomé el viaje comenzado. Entonces comencé, aún con mayor afán y cuidado, a meditar aquellas cosas admirables que había aprendido en Sagunto de las abejas y de sus zánganos y éllo me condujo otra vez a reflexionar sobre el dilema planteado con anterioridad. Y no sólo condené el audaz acto de los saguntinos sino que medité en qué modo y medida debe aplicarse [C] la sal, sobre la que versamos, estableciendo un paragón entre los saguntinos y el caso de las abejas y de los zánganos.

Pues del hecho de que del confiado enjambre que surgió del sepulcro (23) y que se situó sobre el árbol no hubiera caído ninguna abeja sino los zánganos me parecía que debía entenderse que en aquel símil los saguntinos no debían de ser comparados con las abejas, fuertes y prudentísimas [pág. 294] sino con sus zánganos, los menos inteligentes [A] y más torpes como se deducía de su condición de esclavos y, sin duda, carentes de cualquier virtud. Me lleva a esta conclusión el hecho de que mientras combatieron virilmente al enemigo, tuvieron, a semejanza de las magnánimas abejas su aguijón, y ciertamente alcanzaron el mayor grado de honra y reconocida fama cuando se arrojaron valientemente contra su adversario. Pero cuando, llegados los momentos de desesperación, ni quisieron enfrentarse más al enemigo ni intentar, en última instancia, la fortuna de ganar el combate, sino que prefirieron, reducidos al cerco de la ciudad, entregarse voluntariamente a una muerte segura. Y sería un hecho semejante al de las abejas que pierden al aguijón o de las que se convierten en burdos [B] y estúpidos zánganos. Ya que, como dije, prefieren malgastar su aparente ferocidad de buey entre ellos puesto que, careciendo de aguijón son inocuos para los demás, y éstos los expulsan de la colmena.

21 No es casual esta alusión a una forma entomológica que recuerda al buey. De hecho en algunos autores clásicos se llama a las abejas "hijas del toro", (Virgilio, *Geórgicas*, IV, 281-314) y se decía que podían aparecer enjambres en los cadáveres de los novillos.

22 *Geórgicas*, IV, 281-314

23 Parece un tópico de los autores clásicos hacer aparecer enjambres cercanos a los sepulcros. Véase Virgilio, loc. cit: "Que eternamente racimos de abejas, hijas del toro, afluían alrededor de tu tumba".

Aquellos saguntinos, faltos de razón clara y de prudente consejo se abandonaron al espejismo de una falaz omnipotencia. Y no se comportaron como valientes sino como hombres carentes de un mínimo de humanidad para ellos mismos y con la crueldad de una fiera salvaje. No hicieron uso de ningún medio racional ni honesto, ni de la medida o equilibrio necesarios [C] para el bien del cuerpo o del espíritu en una circunstancia tan crítica.

Y lo mismo que, como dice el proverbio, los lobos desprecian el talento, llevaron a cabo una gesta fatua, apenas digna de gloria o de elogio. Pues tanto por su negligencia en un caso como por el extremo de su ferocidad por otro, cometieron un torpe y gravísimo error. Fue tanta su flojedad y su irresolución, que los mismos que tenían obligación de luchar por sus altares y por sus hogares no se aprestaron a morir fuera, ante las murallas de la ciudad. Se determinó con descomedido estupor y no poca demencia que dentro de las propias murallas se arrojaran o al cuchillo o a la hoguera encendida por todos [pág. 295], para así acabar siendo muertos o devorados por las llamas, y, con ellos, la misma patria [A].

En consecuencia, si para asumir o condimentar tal decisión, hubieran aplicado una mínima y ajustada porción de la sal de la sensatez y de la inteligencia, en modo alguno podría haberse cometido este error ni tamaña crueldad. ¿No parece adecuado, por todo lo expuesto, que los saguntinos podrían compararse a los zánganos, a diferencia de las abejas, en este aspecto de aplicar la consideración y la prudencia? Si hubieran hecho ésto, a buen seguro que se hubieran mostrado sensatos y moderados no propugnando una resistencia hasta tal extremo, y, sin dejarse arrastrar sólo por la desmesura no se hubieran precipitado a su propio suicidio. Por eso nosotros, al tomar cualquier decisión, debemos huir de lo engañoso [B] y poco sagaz, y, atendiendo al justo término medio, hemos de imitar la generosa y sabia costumbre de las abejas para rechazar las incursiones de los que se aprestan al saqueo de la colmena. Ellas prefieren ciertamente morir combatiendo con esfuerzo al enemigo que o bien abandonar vergonzosamente la colmena o bien, encerradas en su interior, sólo por rabia, perecer todas juntas y darse a sí mismas la muerte. Y de ahí también que debemos invitar a comer, con la frecuencia necesaria, alimentos condimentados con la medida proporción de sal aplicando ésta en los dos sentidos, bien para combatir con sensatez o bien para saciar el hambre. Ni hagamos el alimento desabrido, con poca sal, ni exasperemos el estómago [C] y el hígado con una cantidad excesiva. Pues si las abejas nos enseñan que es mejor melificar mezclando el disperso néctar de las flores con el rocío celeste (24), ¿no es cierto que del mismo modo la sal ha de servir para dar a los alimentos y al estómago un sabor suave y adecuado y no para convertirse en sedimento excedentario, por exagerado, para los mismo. Y sucede que, tal como los zánganos, degeneran torpemente de las verdaderas abejas, transformando su magnanimidad en pura pereza, así también muestran una insensata simpleza [pág. 296] en la ausencia de sal en su alimentación.

24 Cf. Plinio, *Historia Natural*, Lib. X, cap. XIII.